

Castilla cree que el más grande entre sus hijos es el guerrillero que mató más soldados conquistadores, y Navarra que es Mina el primero de sus hijos; Madrid sólo celebra el Dos de Mayo; Andalucía no enseña sus preseas artísticas, sino en los montes, las Navas; al comienzo de las llanuras, Bailén, y allá, más lejos, en los límites del horizonte, Cádiz; Valencia guarda su Sagunto, Aragón su Zaragoza, Cataluña su Gerona; y por eso, cuando los pueblos padecen, cuando los conquistadores vienen, cuando la independencia de las nacionalidades se eclipsa, cuando Fichte quiere despertar á los alemanes contra Napoleón, ó Víctor Hugo á los franceses contra el rey Guillermo; cuando Byron toma en una mano la lira de Tirteo y en la otra la espada de Leonidas para salvar la independencia de Grecia, todos los hombres, todos los pueblos, lo mismo los cosacos de Moscow, que los atenienses de París, todos vuelven hacia esta tierra los ojos, y todos enseñan, mostrando á los suyos nuestras ruinas humeantes, cómo se pelea contra los invasores, y cómo se muere por la libertad y por la patria. (*Aplausos.*)

¿Y vais á lanzar sobre un pueblo así un monarca extranjero? Si no lo siente, si no se remueve, si no se levanta la nación española de su indiferencia, ¡ah! demostrará algo bien triste, bien doloroso para todos nosotros: demostrará que España ha muerto; que han muerto en España sus más nobles, sus más antiguos, sus más característicos sentimientos.

Nuestros conquistados nos conquistan. Nuestros vasallos vienen á ser nuestros dominadores. De las migajas caídas de los festines de nuestros reyes se formaron cuatro ó cinco reinos en Italia. La isla de Cerdeña apenas se veía en el mapa inmenso de nuestros dominios, y la isla de Cerdeña se ha levantado, nos ha conquistado, no tanto por su esfuerzo como por nuestra debilidad y nuestra miseria. Si España no se resiente de esta herida, lloremos, vistámonos de luto como hijos sin madre, porque ha muerto, Sres. Diputados, ha muerto nuestra patria. Por eso yo comprendo que un general ilustre, un general revolucionario haya dicho que antes rompería cien veces su espada que ofrecérsela á extranjero rey. (*Aplausos.*) Yo siento no ser un orador insigne. Si lo fuera, diría que jamás un discurso mío ilustraría los anales de ese reinado.

Se irrita el ánimo cuando considera que de nada sirven las enseñanzas históricas, esa experiencia de la humanidad. Cada una de las casas extranjeras venidas á España nos ha costado una tremenda guerra. Los duques franceses que siguieron en Toledo á Alfonso VI, y que ocuparon el lecho de sus hijas, fueron causa de la desmembración de Portugal. La Casa de Austria no pudo reinar sino pasando sobre la guerra de las Comunidades. La Casa de Borbón no pudo reinar sino pasando por la horrible guerra de sucesión. Ahí está Gibraltar como eterna herida de aquella ignominia. La Casa de Bo-

naparte nos costó el combate titánico de la Independencia. Vuestro amago de candidato alemán ha encendido esa pira cuyo humo asfixia la conciencia humana. El amago de candidato italiano amenaza con la guerra civil.

¿Y no estáis aún cansados de catástrofes? ¿No estáis aún bastante aleccionados por la Providencia? Un rey que viene odiado así no puede menos de ser un rey débil, y un rey débil no puede menos de ser un rey tirano. Evitemos tantos males á la libertad y á la patria.

Nuestra política desde Septiembre estaba indicada: encerrarnos dentro de nuestra nacionalidad para cultivar la prosperidad perdida, para organizar la libertad maltratada, para educar la democracia. Vosotros, con vuestros rebuscos de reyes, nos habéis comprometido en todos los problemas europeos. Pero nuestros compromisos no son aquellos compromisos que tomó el Piamonte en la guerra de Crimea, y Prusia en la guerra de los Ducados, y que les trajeron el cetro de Italia y de Alemania; son compromisos ligeramente contraídos, y luego no aceptados, para rehuir toda responsabilidad. Y no escarmentados todavía, proponemos un candidato que seguramente nos compromete en la política europea. ¿Por qué? Porque ese candidato no significa otra cosa sino un pacto de la familia de Saboya, como el célebre pacto de la familia de Borbón, contraído entre padre é hijo, con el fin de defender

mutuamente sus tronos contra sus pueblos, y sus combinaciones diplomáticas contra las combinaciones de las otras potencias de Europa. Y no hay nación más comprometida en Europa, más obligada á Europa que la nación italiana. El *Italia farà da se* fué un sueño de Carlos Alberto, que no quería ser salvado por una república, por la República francesa. Italia necesitó de Francia para comenzar su independencia, para construir su unidad. Italia ha necesitado de Prusia para rematar su independencia y perfeccionar su unidad. Por consiguiente, el ser, el existir de Italia se halla comprometido en todos los problemas europeos. Y vosotros vais á comprometer á España en todos los problemas italianos.

Pero hay más: las naciones suelen purgar con males seculares las grandezas de sus instituciones históricas. Italia fué la primera nación de los tiempos antiguos por el imperio y el derecho romano. Italia ha sido la primera nación de los tiempos modernos por el catolicismo y el Pontificado romano. Esta grandeza le cuesta el que todos los pueblos se crean con derecho á intervenir en aquella ciudad única, en Roma, y todos los gobiernos con derecho á tener excepcionales relaciones con aquella autoridad única, con el Pontífice. Ahora bien: traéis aquí un rey italiano, y este rey italiano, ó no significa nada, ó no representa nada, ó significa y representa los intereses de su casa. Si yo quisiera definir la Casa de Saboya, la definiría así: la perpetua perturbadora

de Europa: Carlos el Bueno servía alternativamente á Francisco I y á Carlos V; Carlos Manuel, llamado el Grande, llevaba un traje de dos colores, de los colores de España y Francia, servía á un tiempo á Enrique IV y á Felipe II, y engañaba á Felipe II y á Enrique IV; Víctor Amadeo fué primero amigo de Luis XIV y de Felipe V, luego amigo del Austria y de Inglaterra; Carlos Alberto fué soldado de la Santa Alianza en el Trocadero, y soldado de Mazzini en Novara; Víctor Manuel le pidió al Austria de rodillas que lo respetara en odio á la democracia y á la república, y luego declaró la guerra al Austria, que lo había respetado; firmó una alianza ofensiva y defensiva con los Borbones de Nápoles, y destronó á los Borbones de Nápoles; recibió la corona de Italia de manos de Garibaldi, y luego clavó dos balas á Garibaldi en Aspromonte y en Mentana; pidió hace un año la bendición del Papa, y ha destronado al Papa; se opuso á que un príncipe italiano viniera á España, porque Napoleón se lo impedía, y ahora acepta la corona de España porque cree ¡ingrato! que ha muerto Francia, á quien debe su reino: maquiavelismo horrible, que no repugnará á la conciencia de la diplomacia europea, pero que repugna al estómago de la nación española.

Ese príncipe, pues, disgusta á todo el mundo; á los liberales, porque es de la dinastía de Saboya, el verdugo de la democracia y el carcelero de Mazzini; á los católicos, porque es de la dinastía de Saboya, el

verdugo del catolicismo y el carcelero del Papa. ¿Y qué ejemplos de liberalismo nos trae? Un Estatuto otorgado, el censo restringido, la imprenta perseguida, la Iglesia pegada al Estado, el sufragio universal proscrito, la democracia condenada. ¿Y qué ejemplos de economía? El papel moneda, la bancarrota. ¿Y qué esperanza de engrandecimiento? Su hermana en el trono de Portugal, para la unidad ibérica; su padre sometido á Inglaterra, para la recuperación de Gibraltar. ¿Y qué recuerdo histórico inmediato? Que os lo digan los huesos del Trocadero. En fin, nos condenáis á una nueva revolución.

¿Vais á seguir, me preguntaréis, la política pesimista? ¿Vais á desconocer la legalidad? Eso depende de vosotros. Si vuestro rey hubiera nacido de una victoria, si vuestro rey hubiera traído un engrandecimiento á la patria, si vuestro rey hubiera brotado de la idea y de la voluntad popular, vuestro rey inspiraría ese respeto moral que nosotros no podríamos romper y que es el seguro cimiento de toda legalidad. Pero cuando vuestro rey representa una cábala diplomática, la intriga de un partido, cuando nada tiene ni de nacional, ni de democrático, ni de glorioso, nosotros no podemos evitar que vengan los castigos revolucionarios, caídos siempre sobre toda institución que olvida la razón y el derecho. Este advenimiento de rey no significa sino que el partido progresista, ó mejor dicho, la fracción del partido progresista representada por el general Prim,

se queda sola en el Gobierno. Ya la noche del 25 de Marzo expulsaron á los conservadores. Ya más tarde amagaron expulsar á los demócratas con motivo de las palabras del Sr. Ministro de Fomento sobre la enseñanza religiosa.

No es un misterio para nadie que está próximo á salir el Ministro de la Gobernación. ¿Y qué Ministro demócrata podría quedarse con ese Código penal que ha ahogado todos los derechos individuales, y con ese Ministro de la Guerra, que no renuncia á las quintas, porque las quintas son el semillero de un ejército privilegiado, y ese ejército privilegiado el sustentáculo de la monarquía militar que, después de Wisemburgo, de Metz y de Sedán, se levanta sobre España?

Os van á expulsar, demócratas, del Gobierno; os van á expulsar muy pronto. Y convenid conmigo en que lo habréis justamente merecido. Levantado el rey que sirve al partido progresista, ya está concluída vuestra obra. Los seres sociales desaparecen cuando cumplen el fin para que han sido creados. Antes, en los primeros días de revolución, sólo se trataba de democracia, y eran los elegidos los demócratas; ahora, en los días primeros de reacción, sólo se trata de monarquía, y son los elegidos los conservadores. Enviad pronto, envid, Diputados de la mayoría, vuestra comisión al rey. Un periódico ha propuesto que cada partido envíe al nuevo monarca un regalo. La idea me parece excelente. Los tradi-

cionalistas deben enviarle su clero y sus Provincias Vascongadas; los conservadores, los recuerdos y los intereses que aun conserva la dinastía caída; los unionistas, los desengaños de Montpensier; los verdaderos progresistas, la popularidad inextinguible de Espartero; el Gobierno, la Europa airada con él, la Administración deshecha, la Hacienda exhausta, los generales convertidos en prefectos, las quintas, amenazando cada año con una revolución; los demócratas, su constancia política y su fervor monárquico; nosotros, el espectáculo de los Borbones, la robustez de la dinastía portuguesa, la Francia vecina, Garibaldi en armas, la sombra de Maximiliano, y el grito que, al poner el rey su extranjera planta en tierra española, han de lanzar hasta las piedras del camino: el grito de ¡viva la república! He dicho.

RECTIFICACIÓN

AL SEÑOR PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS.

El Sr. Presidente del Consejo de Ministros no ha querido ver la identidad entre Méjico y España, y me ha atribuído un concepto que no era mío. Hay identidad en que aquí y allí nadie llamaba al rey